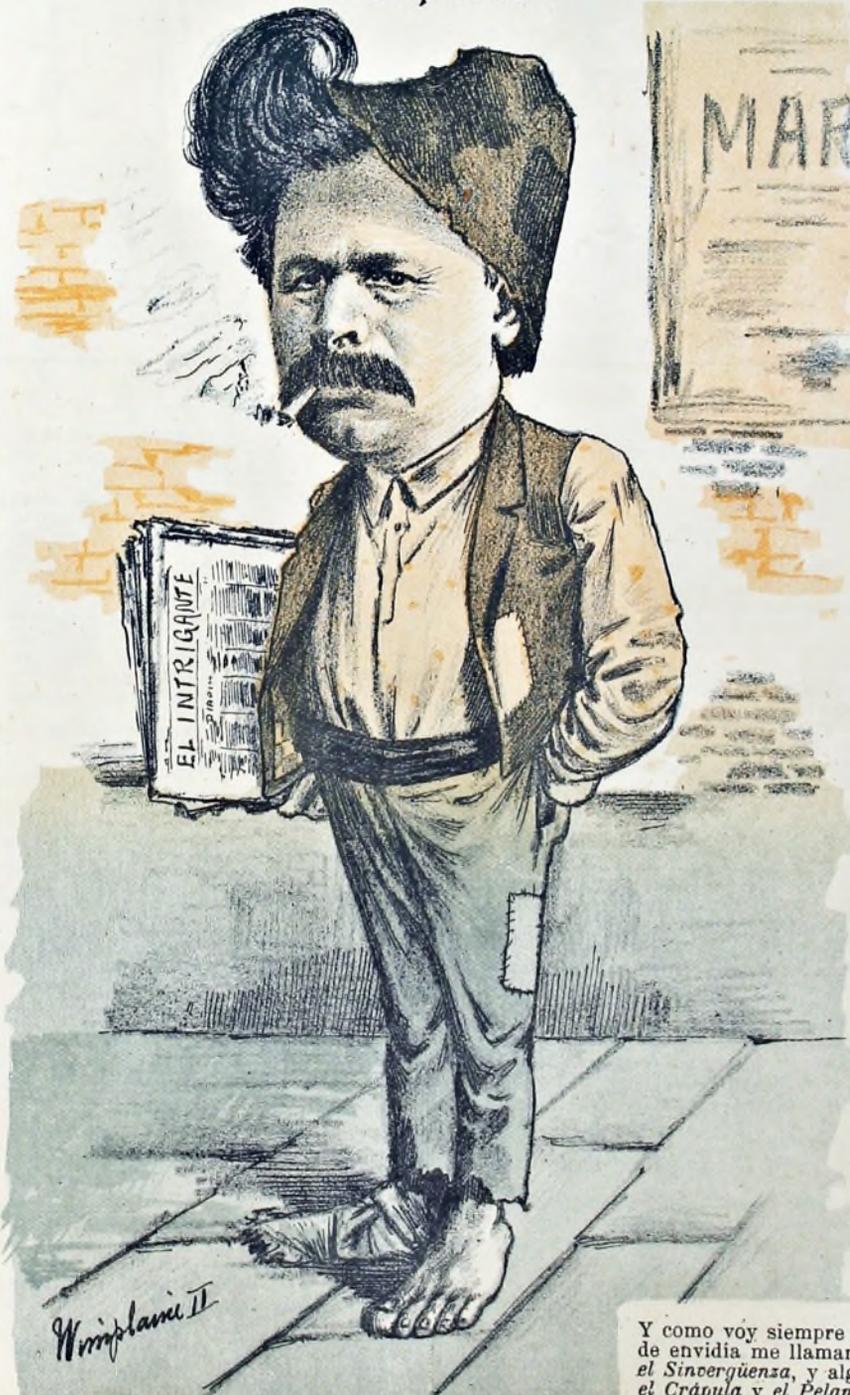


CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

TIPOS POPULARES
El pillete



Y como voy siempre avianti,
de envidia me llaman unos
el Sincergüenza, y algunos
el Crápula y el Pelante.

Pero yo ya no hago caso,
porque estoy acostumbrao,
y tanto me han jorobao
que ahora ya por todo paso

con tal de meterle diente
aunque sea á la misma musa,
porque, amigo, la ganzusa
es lo que mata á la gente.

AÑO III
Nº 134
Setiembre 20 de 1896

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR

Los mismos precios en moneda equiva-
lente con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

Pucha madre! Soy así,
desde chico bien farrista,
y aunque me sigan la pista,
lo que es chaparme... ¡Maní!

Tengo ya mucha vaquia
y conforme salgo á escape,
no hay chirrafe que me chape
aunque ande atrás noche y día.

Así anda Juan de caliente
por darme una zancadilla,
pero ese á mi no me pilla
descuidao, aunque revienta.

Y cuando está más cerquita,
como es de veras bobeta,
le hago ahí mismo una gambeta
por jorobarle la pita.

Y cuando está en lo mejor
de la rabia el pobre cristo,
le grito:—¡Caíste de misto,
abombao de la calor!

Soy tramposo como el diablo,
y aunque me cueste una viaba,
sin meter una guayaba
nunca me quedo cuando hablo.

SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag—El plato del día».—En el Juzgado de Paz», por J. López Silva.—«El diario de un infeliz», por Luis Taboada.—«Para Ellas», por Estrella Nevares.—«Teatros».—«El viajero», por Emilia Pardo Bazán.—«Divaguemos», por Sinesio Delgado.—«Attilio Sgobbi».—«Noche divertida», por Juan Pérez Zúñiga.—«Cosas de ahora».—«Sport», por Zapiacán II.—«Correspondencia particular».

GRABADOS—«Tipos populares—El pillete».—«Lo del día», por Wimplaine II.—«El señor Sgobbi» y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al director de este semanario.



El plato del día

EL AJÍ PICCARDO Y SU DIGESTIÓN

A lo que se vé, ella va siendo laboriosa, y es de suponerse que el elemento oficial ha de necesitar no poco jugo gástrico para efectuarla, forzando la función del páncreas secretor de la soberbia desdeñosa, este fácil medio de defensa en que se envuelve la prepotencia como el pulpo en su tinta.

El plato ha sido pesado, y aún cuando los hombres del gobierno han demostrado tener buen estómago, es probable que se haga sentir todavía algún tiempo su peso sobre él.

La actitud del Diputado independiente ha provocado, como todos los casos análogos, el nacimiento de dos fuerzas contrarias, las dos de siempre: la de la indignación oficial y la del aplauso popular, corrientes ha tanto tiempo empeñadas en una lucha que sólo da por resultado producir una *proroxica* más ruidosa que violenta.

Pero en la Cámara la cosa estuvo buena. Es el caso que el Diputado Piccardo fué aquel día decidido á poner una pica en Flandes; y dicho y hecho.

Empezó á hablar; y tan picante salía la filípica, que acabó por picarse él, con aquello de la ocultación de un millón y pico hecha por el Gobierno, y dijo que se marchaba porque eran todos unos picaros.

En efecto, como á pesar de esto ninguno de sus colegas entraba á la pica, cerró por fin el pico, y picando espuelas tomó la puerta.

Es claro que con esto quedaron los del Gobierno como si les hubieran echado pica-pica en las posaderas, pero la gente quedó contenta y se limitó á decir: Si te pica, rás-cate.

El resultado de todo esto fué de los más profucos.

Los señores Diputados lo esperaron sentados, como siempre, é hicieron borrar del acta las palabras del señor Piccardo; el señor Piccardo se quedó fuera, aunque desaho-

gado; el señor Idiarte Borda se enojó mucho; pero el millón quedó tan ocultado como antes.

Lo cierto es que en todo esto, el único perjudicado es el millón, porque lo tienen secuestrado contra su voluntad, atacando brutalmente la ley, que prescribe la libre circulación del dinero.

Sobre todo si es ajeno.
Porque lo que es al señor Idiarte Borda y adláteres, no le ha de haber hecho mucha mella la cosa; que como me decía un mi amigo, sordo pero muy decente, de fiyo ha exclamado, después del primer momento:

Tranquilo y calma aguardo
aunque ataque cosas mías.
Pues quien se llama Piccardo
¿qué hará, sino picardías?

En el Juzgado de Paz

—Buenos días. (Pausa breve).

Buenos...

—¡Ya lo hemos oído!

—Perdone usted, como no me contestan....

—Señor mo, és que aquí no estamos para perder el tiempo en cumplidos.

—Ya, ya....

—¿Qué quería usted?

—Saber si és éste el Registro civil.

—Sí, señor.

—Corriente.

Pues vengo á inscribir un niño que nació en el veinticuatro, ayer, á las siete y pico.

—¿Es usted su padre?

—Creo

que sí, señor.

—Necesito saberlo de cierto.

—Bien,

pues lo soy. —¿Y es de legítimo matrimonio?

—¡Por supuesto!

—Por supuesto no, lo mismo podía ser natural ó cosa por el estilo.

—Tiene usted razón.

—Pues bueno;

hacen falta dos testigos

que puedan acreditar

que es usted el padre del chico.

—¡Va á ser difícil, caramba!....

Diga usted: ¿servirá un primo de mi señora?

—Según

y conforme.

—Se lo digo

á usted, porque casi casi

ha visto nacer al niño.

—¡Ah, pues sirvel!

—Lo peor

es que falta otro testigo.

—No importa; por tres pesetas

le encontrará usted aquí mismo.

—¿Quién?

—Yo, ú otro compañero cualquiera, y sin compromiso ninguno. Por consiguiente, puede usted traer al chico en seguida.

—¡Hombre, por Dios!

¡Traerle con este friol....

¡Eso es una atrocidad!

—Pues no hay más remedio. Digo, á menos que quiera usted que se haga en su domicilio la inscripción, en cuyo caso ya sabe usted que es preciso gratificar al que vaya, con algo.

—Sí, comprendido.

—Porque no es obligatorio, ¿comprende usted?

—Por lo visto.

¿De modo que aquí hace falta dar dinero á todo Cristo?

—Así se acostumbra.

—Bueno;

pues yo vendré con el chico, aunque por culpa de ustedes se me muera en el camino.

—Entonces no venga usted sin traerse dos testigos documentados, la cédula personal, un volantito de la alcaldía, la fe de matrimonio, el recibo de la casa....

—Sí, señor,

y un revólver de seis tiros.

—¡Qué escándalo! ¡Quiere usted ver que no le registro!

—Por mí, haga usted lo que quiera. ¿sí? ¡Pues delo usted por visto!

J. LÓPEZ SILVA.



¿Por qué se ceba en mí la desventura? ¿Por qué?
¿Qué he hecho yo para que me trate así la Providencia?

Yo soy un hombre de buenas costumbres; yo no fumo, ni bebo vino, ni me entrego á otros placeres que rechaza la moral; y, sin embargo, casi siempre me sacan cortos los pantalones y hago la digestión con mucho trabajo y tengo un aliento asaz desagradable.

Para colmo de desventuras, estoy enamorado de Serafina y ella no se decide á corresponderme.

Ayer tuve un día fatal. Fui á visitarla y se me enredaron los piés en el felpudo del pasillo, cayendo de bruces sobre doña Bruna, la mamá de Serafina, que habia salido á abrir.

—¡Bruto! me dijo la pobre señora llevándose las manos al ojo derecho.

—Perdone usted, contesté yo con acento suplicante.

Serafina me lanzó una mirada de hiena y fué á socorrer á la mamá, que tenía el ojo á medio abrir y exhalaba hondos quejidos.

Entre Serafina y yo conseguimos que abriese el ojo. ¡Qué desgracia! Se le había quedado como una almeja por efecto del golpe, y Serafina comenzó á dar gritos y á dirigirme denuestos.

—¡Por usted suceden estas cosas! ¡Por usted vá á quedar desfigurada mi mamaita!

—Serafina, tranquilícese usted; no es nada lo del ojo, decía yo todo aturrido.

—Vaya usted á buscar un médico, ¡pronto!

—¡Ay! exclamaba doña Bruna tirándome pellizcos y dándome patadas silenciosas.

Cogi el sombrero para dirigirme á la calle, pero en la escalera tropecé con un chico de siete años que subía conduciendo un botijo; derribé á ámbos, y el primero rodó cuatro escalones, hasta llegar al portal, donde quedó boca arriba hecho una rana.

Salió la portera furiosa gritando:

—¡Hijo de mi corazón! ¿Quién te ha tirado á tí?

—Ese señorito, contestó el muchacho vertiendo lágrimas como porotos.

La portera, lo primero que hizo fué pegarme con el puño cerrado en la boca del estómago; despues llamó al marido, que es albañil irascible, y entre los dos me querían matar.

A duras penas conseguí desprenderme de sus garras, y llegué á casa del médico, que en aquel instante se dedicaba á regañar con su suegra y tuvo que suspender la operacion para recibirme.

—¿Qué hay? me dijo con mal talante.

—Que venga usted á casa de doña Bruna, corriendo.

—¿Se vá morir?

—Todavía nó, pero tiene un ojo echado á perder.

—Que se lo saque.

—¡Jesús!

—¡Ea! Yo no puedo ir allá porque estoy resolviendo cuestiones de familia.

—Pero....

—Le daré á usted la receta de un cocimiento de mi invencion, para que se bañe el ojo.

Y extendió una receta.

Yo corri á la botica y dije al farmacéutico:

—Háganme ustedes esta medicina inmediatamente.

El aludido miró la receta y preguntó:

—¿Trae usted frasco?

—No, señor; póngalo usted.

—Eso será si quiero.

—Naturalmente!

—Porque yo no admito imposiciones.

—Hace usted bien, dije yo.

Y fui á sentarme en una silla; pero me dejé caer con demasiada fuerza y la desencuaderné toda.

El boticario lanzó un terno y vino hacia mí furioso. Yo de un salto me coloqué en la puerta de la botica, á tiempo que entraba un sacerdote. Chocamos ámbos, y el sacerdote fué á dar con la cabeza contra la vidriera, rompiendo un cristal.

Irritóse de nuevo el boticario; yo dí mis disculpas; al sacerdote tuvimos que levantarlo entre los dos porque se le habían enredado los manteos en las piernas y además tenía la cara tapada con el sombrero de teja; y restablecida la calma, esperé que me hiciera la medicina para el ojo de doña Bruna.

—Ya está, dijo el boticario colocando una botella sobre el mostrador.

—¿Cuánto debo? pregunté timidamente.

—Cinco pesetas.

Saqué el único duro que llevaba en el bolsillo y lo puse junto á la botella.

El boticario miró el duro; después, dirigiéndome una mirada de ira, gritó:

—¡Este duro es falso!

—¿Falso?

—Vaya usted á engañar á otra parte!

—Pero....

—Y á ver quién me paga ahora este cocimiento, que no me sirve para nada.

—No se apure usted. Yo lo pago.

—Pues venga otro duro

—Iré por él. Y no permito que dude usted de mi honor, caballero. Yo soy una persona decente, incapaz de hacer negocios con moneda falsa.

El cura y el boticario se miraban como dudando de mi honradez. Aquello me sublevó la sangre, y salí de la botica dispuesto á ir á mi casa y desvanecer las dudas de aquellos dos sujetos con un duro legitimo y hermoso.

Pero en el camino tropecé con un compañero de oficina.

—Me vas á hacer un favor, le dije.

—¿Cuál?

—Prestarme un duro. Tengo que recoger....

—No me digas nada. Toma.

Y me dió el duro.

Con él me fui á la botica. Allí estaban el cura y el boticario poniéndome como ropa de Pascua.

—Se conoce que es un bribon, decía el primero.

—Un tunante, añadía el segundo.

—¡Hay cada pillo en este Madrid!....

En aquel momento entraba yo con mi duro, y revisándome de la mayor solemnidad y dirigiendo á ámbos una mirada altiva, arrojé la moneda sobre el mostrador diciendo:

—Aquí está el duro.

El boticario lo miró atentamente; el cura se puso los anteojos para inspeccionarlo á su vez, y ámbos, con acento de profunda sorpresa, exclamaron á duo:

—¿Tambien es falso!

—¡Y lo era efectivamente!

LUIS TABOADA.



Le Panoramé, abrió un plebiscito entre sus lectores para otorgar un premio de honor á la artista cuya belleza obtuviera el mayor número de votos. La favorecida ha sido Cléo de Mérode, famosa y hermosísima bailarina de la Opera. Ella ha puesto de moda el original peinado con que aparece en la adjunta fotografia, de tal suerte, que toda parisienne de gusto se peina hoy dia con los *bandeaux á la Mérode*.

Para que vea el lector cuánto es el interés que en Paris despierta la hermosísima bailarina, baste decir que como alguien propalara que las orejas de Cléo eran feas y que por eso las tapaba con los *bandeaux*, *L'illustration*, es decir, la primer revista ilustrada de Paris, ha exhumado varias fotografias de la hermosa artista, donde los admiradores de ésta pueden admirar las orejas de Cléo de Mérode, tan bellas por fortuna como todo su rostro, que acaba de ser proclamado el primero de Francia.

TEATROS



Bajo muy buenos auspicios (siquiera refiriéndonos al estímulo moral) se estrenó en Solís la Compañía Ciacchi.

Necesitaba la señora Vitaliani levantarse mucho para llegar á lucir en «Tosca», y se levantó como si tal.

Más bien dicho: estaba ya levantada, y bien alto. Tuvo momentos felicisimos y hasta momentos admirables, dando á conocer un temperamento artístico tan vigoroso como delicado, y un estudio concienzudo é inteligente de su carrera.

El público la aplaudió mucho, mucho, é hizo bien.

El señor De Sanctis es un actor muy correcto, muy discreto y muy cuidadoso á estar, á las observaciones que facilita «Tosca», bien escasas por cierto.

La señora De Sanctis es muy hermosa y muy atrayente como artista, y el actor Falconis muy simpático y desenvuelto.

A «Tosca» siguieron «Niobe» y «La segunda mujer».

No puedo dar noticias de «Niobe» porque esa noche mi ausencia del teatro fué evidente para mi acostumbrado asiento de tertulia, pero diré de «La segunda mujer» que... Oigan ustedes lo que digo de esa comedia:

Que no es nueva; que no es interesante; que no es hábil en su composición por concentrarse toda en la protagonista con mengua de los demás personajes, entre los cuales los hay dignos de más atención. Que es fastidiosa; que es pesada y que es, en fin, inglesa.

Sin perjuicio de declarar que al decir esto procuro olvidarme de que «Sullivan» es también inglés.

El público no pasó por el aro y no obstante los esfuerzos de la Vitaliani, De Sanctis, Duce, etc., la comedia se contentó con que no la dijeran nada malo en la cara.

Los aplausos de la noche fueron compartidos por la Vitaliani con Falconis que mereció una llamada á la escena después de su borrachera.

¡Lastima que la temporada de Ferrari haya de-

Héme aquí otra vez con bagaje ageno. Y por si acaso, previniendo criticas, si la cosa no fuera del gusto de todas, voy á empezar apoyándome en tres máximas *ad hoc*, que son: 1.ª Que sobre gustos no hay nada escrito. 2.ª Que en la variedad está el gusto. 3.ª Que es siempre conveniente unir lo útil á lo agradable.

Por todo esto y porque las mujeres somos curiosas (como ello no es defecto, puede decirse) me descuelgo hoy con el retrato de la admirable Juana de Arco, orgullo y prez del sexo victima, retrato que puede ser el primero de una serie de mujeres célebres que tiene que resultar interesantísima (por lo menos así me resulta á mí) y al que acompaña un breve noticia biográfica de Bermejo:

Item más: con el de la belleza parisienne premiada en el último concurso, suceso de la más palpitante actualidad para nosotros y que me figuro ha de interesarnos.

Si *Miriam* no sacude su haraganería y me manda algo bonito y delicado, como todo lo suyo, tendré yo que sacudir mi pereza primavera, y lo prometo, hacer para el próximo número algo.... como todo lo mío.

Hasta entonces, pues, y disculpas.

ESTRELLA NEVARES.

La revista semanal de Paris *Le Panoramé* publicó no hace mucho una serie de cinco cuadernos con los retratos de las actrices más famosas de Francia, mujeres hermosísimas la mayor parte de ellas. Animada por el éxito de la publicación, la empresa de

LO DEL DIA



jado exangüe, ¡que digo exangüe! exámine al pobre público!



¡Oh el gran Beccario!
He ahí á Cibils, al viejo Cibils, al moribundo Cibils, otra vez iluminado y radiante que franquea sus puertas á Emmanuel y Rossi.
Hoy debe estrenarse el primero con «Otello». Conocemos bien ese «Otello», el mejor de todos, el que tanto hemos echado de menos ante el desdichado «Otello» de Novelli, y aun ante el del

mismo Maggi, y declaramos que Emmanuel tiene derecho á esperar esta noche un lleno.



Pues *Gigetto* también va á traer una compañía, si señores!
Al fin había de ser.
Y será en San Felipe.
El simpático joven reserva hasta ahora sus proyectos para la inauguración; pero ellos serán buenos; ya lo creo que han de serlo!
Señores: *Gigetto* merece toda vuestra protección. Es el joven de pelo crespo más apreciable que existe.



El viajero

Fría, glacial era la noche. El viento silbaba maldoso y airado; la lluvia caía tenaz, ya en ráfagas, ya en densos chaparrones; y las dos ó tres veces que Marta se había atrevido á acercarse á su ventana por ver si aplacaba la tempestad, la deslumbró la cárdena luz de un relámpago y la horrorizó el rimbombante del trueno, tan encima de su cabeza, que parecía echar abajo la casa.

Al punto en que con más furia se desencadenaban los elementos, oyó Marta distintamente que llamaban á su puerta, y percibió un acento plañidero y apremiante que la instaba á abrir. Sin duda que la prudencia aconsejaba á Marta desoírlo, pues en noche tan espantosa, cuando ningún vecino honrado se atreve á echarse á la calle, sólo los malhechores y los perdidos libertinos son capaces de arrostrar el viento y la lluvia en busca de aventuras y presa. Marta debió haber reflexionado que el que posee un hogar, fuego en él, y á su lado una madre, una hermana, una esposa que le consuele, no sale fuera en el mes de Enero y con una tormenta ósata, ni llama á puertas ajenas, ni turba la tranquilidad de las doncellas honestas y recogidas. Mas la reflexión, persona dignísima y muy señora mía, tiene el maldito vicio de llegar retrasada, por lo cual sólo sirve para amargar gustos y adobar remordimientos. ¡La reflexión de Marta se le había quedado zaguera según costumbre, y el impulso de la piedad, que es el primero que salta en el cora-

zón de la mujer, hizo que la doncella preguntase, compadecida, al través del postigo: «¿Quién llama?». Una voz de tenor dulce y vibrante respondió en tono persuasivo: «Un viajero». Y la bien aventurada de Marta, sin meterse en más averiguaciones, quitó la tranca, descorrió el cerrojo y dió vuelta á la llave, movida por el encanto de aquella voz tan vibrante y tan dulce.

Entró el viajero, saludando cortesmente; y quitándose con gentil desembarazo el chambergo, cuyas plumas goteaban, y desembozándose la capa, empapada por la lluvia, agradeció la hospitalidad y tomó asiento cerca de la lumbre, bien encendida por Marta. Esta apenas se atrevía á mirarle, porque en aquel punto la tardía reflexión empezaba á hacer de las suyas, y Marta comprendía que dar asilo al primero que llama, es ligereza notoria. Con todo, aun sin decidirse á levantar los ojos, vió de soslayo que su huésped era mozo y de buen talle, descolorido, rubio, cara linda y triste, aire de señor acostumbrado al mando y á ocupar alto puesto. Sintióse Marta encogida y llena de confusión, aunque el viajero se mostraba reconocido y la decía cosas halagüeñas, que por el hechizo de la voz lo parecían más; y para disimular su turbación se dió prisa á servir la cena y ofrecer al viajero el mejor cuarto de la casa, donde se recogiese á dormir.

Asustada de su propia indiscreta conducta, Marta no pudo conciliar el sueño en toda la noche, esperando con impaciencia que rayase el alba para que se ausentase el huésped. Y sucedió que éste, cuando apareció, ya descansado y sonriente, para tomar el desayuno, nada habló de marcharse, ni tam-

poco á la hora de comer, ni menos por la tarde; y Marta, entretenida y embelesada con su conversación y su labia, no tuvo valor para decirle que ella no era mesonera de oficio.

Corrieron semanas, pasaron meses, y en casa de Marta no había más dueño, más amo que aquel viajero á quien en una noche tempestuosa tuvo la imprevisión de acoger. El mandaba, y Marta obedecía sumisa, muda, veloz como el pensamiento.

No creáis por eso que Marta era propiamente feliz. Al contrario, vivía en constante zozobra y pena. He calificado de amo al viajero, y tirano debí llamarle, pues sus caprichos despóticos y su inconstante humor traían á Marta medio loca. Al principio el viajero parecía obediente, afectuoso, zalamero, humilde, pero fué creciéndose y tomando fueros, hasta no hubo quien parase con él. Lo peor de todo era que nunca podía Marta adivinarle el deseo ni precaverle la desazón: sin motivo ni causa, cuando menos debía temerse ó esperarse, estaba frenético ó contentísimo, pasando del enojo al halago, y de la risa á la rabia, en menos que se dice. Padecía arrebatos de furor y berrinches injustos é insensatos, que á los dos minutos se convertían en trasportes de cariño y en placideces angelicales; ya se emperraba como un chico, ya se desesperaba como un hombre; ya hartaba á Marta de improperios, ya la prodigaba los nombres más dulces y las ternuras más rendidas.

Sus extravagancias eran á veces tan insufribles, que Marta, con los nervios de punta, el alma de través y el corazón á dos dedos de la boca, maldecía mil veces el fatal momento en que dió acogida á tan terrible huésped. Lo malo es que él, cuando justamente Marta, apurada la paciencia, iba á saltar y á sacudir el yugo, no parece sino que lo adivinaba, y pedía perdón con una gracia, una sinceridad y una ingenuidad de niño, y Marta, no sólo olvidaba instantáneamente sus agravios, sino que por el exquisito goce de perdonar sufría tres veces las pasadas desazones.

¡Qué en olvido las tenía puestas la noche en que el huésped, á medias palabras y con precauciones y rodeos, anunció que ya había llegado la ocasión de su partida! Marta se quedó de mármol, y las lágrimas lentas que la arrancó la desesperación cayeron sobre las manos del viajero, que sonreía tristemente y murmuraba en voz baja frasecitas consoladoras, promesas de escribir, de volver, de recordarle. Y como Marta, en su amargura, balbucía reproches, el huésped, con aquella voz de tenor dulce y vibrante, alegó por vía de disculpa: «Bien te dije, niña, que soy un viajero. Me detengo, pero no me estaciono; me poso, no me fijo.» Y habéis de saber que sólo al oír esta declaración franca, sólo al sentir que se desgarraban las fibras más íntimas de su ser, conoció la inocentona de Marta que aquel fatal viajero era el Amor, y que había abierto la puerta, sin pensarlo, al tirano cruelísimo del orbe.

Sin hacer caso del llanto de Marta (¡para atender á lagrimitas está éll!), sin mirar el rastro de pena inextinguible que dejaba en pos de sí, el Amor se fué, embozado en su capa, ladeado el chambergo, cuyas plumas, secas ya, se rizaban y flotaban al viento bizarramente, en busca de nuevos horizontes, á llamar á otras puertas mejor trancadas y defendidas. Y Marta quedó tranquila, dueña de su hogar, libre de sustos, de temores, de alarmas, y entregada á la compañía de la grave y excelente reflexión, que tan bien aconseja, aunque un poquillo tarde. No sabemos lo que habrán platicado; sólo lo tenemos noticias ciertas de que las noches de tempestad furiosa, cuando el viento silba y la lluvia se estrella contra los vidrios, Marta, apoyando la mano sobre su corazón, que la duele á fuerza de latir apresurado, no cesa de prestar oído, por si llama á la puerta el huésped.

EMILIA PARDO BAZÁN

Dibujos de Alberti.



Divagüemos

¿Que no hay trasmigración? Yo creo en ella. Si no hubiera más datos, bastaría el de ser una idea tan extraña que no puede nacer de la inventiva.

Eso es intuición vaga y remota como el *quid* interior que nos obliga á adorar á un espíritu increado y á creer en lo eterno de otra vida.

Además, en el cambio de envoltura suele quedar el *aire de familia* y persistir los rasgos más salientes y grabarse el contorno de la línea.

¿No hay quien tiene los ojos de mochuelo?
¿No hay quien tiene la cara de gorila?
¿Quién no ha visto chiquillas regordetas
que más parecen ranas que chiquillas?

Y además, esos trasgos espantables
que en sueños nos rodean y nos miran,
los misteriosos ruidos de la noche,
la luz que brota y muere en la retina,

las ilusiones todas, ¿quién ha dicho
con fundada razón que son mentira?
¿No pueden ser retratos de otros seres,
recuerdos de anteriores melodías,

rayos de otras hogueras y otros soles
que allá en el fondo de los ojos vibran...
¿sensaciones, en fin, de la materia
que á veces en los nervios resucitan?

Hay un punto no más en que convienen
todas las religiones positivas:
este punto es el centro de las almas,
que es punto de llegada... y de partida.

Si el espíritu va de los que mueren,
á parar á ese centro, ¿quién me quita
de suponer también que de allí sale
el que á los seres nuevos vivifica?

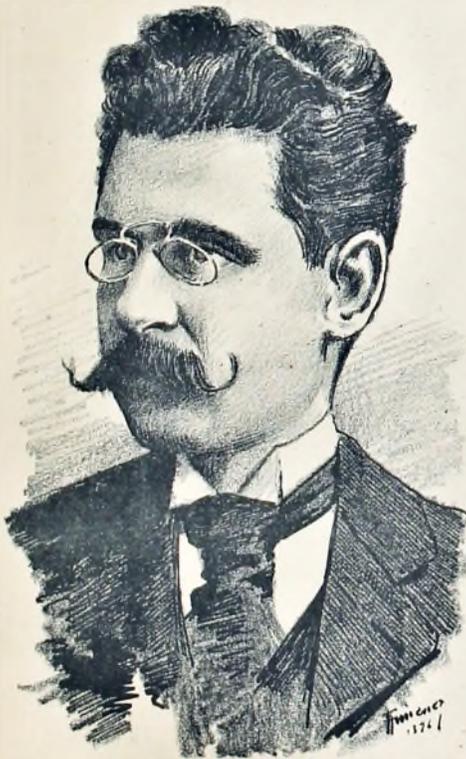
Y si á un hombre le toca en el reparto
una porción de espíritu de hormiga,
algo se acordará del hormiguero
y será laborioso... algunos días.

Así os explicaréis perfectamente
el hecho de encontrar en cada esquina
un gomoso que ha sido saltamontes,
una dama que ha sido cotorrita,

un sacristán que ejerce de lechuza,
una moza con visos de gallina,
un señor con ribetes de besugo
y un sujeto que fué caballería.

Yo conozco bastantes caballeros
con caras de parsonas distinguidas
que en otra encarnación han sido moscas,
¡y siguen siendo moscas todavía!

SINESIO DELGADO



Attilio Sgobbi

Helo aquí.
Ya sé que de fijo se han dicho muchos de mis lec-
tores al verle:

—¿Pero quién es?
Pues por eso mismo le traigo ante ustedes; para
que le conozcan.
Es otra veleidad de *amateur*. Si ustedes hubieran
oído tocar el piano á este señor como yo le he
oído tocar, con un *amore* que llena de deliciosos
matices la composición, y con un entusiasmo dig-
no de mejor público, hubieran dicho:
—¡Pero á este artista hay que hacerlo conocer!
Naturalmente. Yo pensé lo mismo, y como estoy
decidido á hacer conocer lo bueno escondido (que
al fin y al cabo esto es lo lógico, desde que los
consagrados por la fama maldito si lo necesitan) he
aquí que me he traído á Sgobbi y ahí le planto.
Como se vé, la cosa es sencilla.



APPELLIDOS CONOCIDOS
EN SÍMBOLOS COMPRIMIDOS
(Para tarjetas de visita económicas)



DE PÉREZ ZÚÑIGA

¡Noche divertida!

Que de noche venía á robarnos
tres cucharas de palo un ladrón,
y después se empeñaba matarnos
con una babucha de orillo el bribón.

Que á un palacio de plata Meneses
nos habíamos ido á vivir.
Que en un bosque de oscuros cipreses
danzaban seis ninfas á medio vestir.

Que un copioso y tenaz aguacero
nos cogía en la calle Mayor,
al volver de vender á un prendero
dos viejos paraguas de escaso valor.

Que en el mar nos tragó una ballena
y en su vientre pasamos un mes
disfrutando una vida muy buena,
sin ver un estreno ni hallar un infilés.

Que un incendio terrible aguantamos
y mi casa al demonio se fué
porque solo del fuego salvamos
un par de hueveras, un chal y un quinqué.

Que á Gayarre le estaban frotando
con bencina y aceite de anís.
Que en un pozo se estaban ahogando
dos amas de cría de Cangas de Onís.

Que las ruedas de atrás de un tranvía
destrozaban la cola de un can,
y su dueño después componía
la cola del chucho con miga de pan.

Que el casero tiraba de un coche
y que yo me iba echando á perder.

¡Estas eran las cosas que anoche,
según me ha contado, soñó mi mujer!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

Cosas de ahora

Ha sido puesta á disposición del Juez del Crimen,
á pedido de éste, la mujer doña Severa Pena, acu-
sada de no sé qué.

¡Demonio con los apellidos que se gastan ahora!
Dentro de poco las gentes decentes se van á aver-
gonzar de llamarse Juan Pérez ó Antonio Gómez.

Y, sobre todo para el gremio de delincuentes, es
probable que aumente el número de firmas curiosas,
como ser Justo Castigo ó Mercedes Corrección.

Porque, aplicando el ejemplo al caso sucedido, el
de doña Severa Pena,

no será cosa que asombre
si sale absuelta cual buena,
que ya bien *Severa Pena*
lleva la tal en su nombre.



Hoy debe correrse el premio clásico Primavera;
distancia 1400 metros, en el cual tomarán parte:
Tina, Lebel, Otello y otros. Las últimas derrotas
sufridas por Tina harán que muchos no la jueguen
sin tener en cuenta que todas las victorias de esta
yegua han sido en tiros cortos y con tiempos muy
buenos.

Cierran el programa otras cuatro pruebas de inte-
rés, y no dudamos que el Hipódromo se verá re-
pleto de concurrencia, si se han atendido á las razo-
nes del inteligente cronista sportivo de *La Razón*.

En resumen son mis pronósticos:

- 1.ª carrera—*Leticia*.
- 2.ª » *Darwin*.
- 3.ª » *Tina*.
- 4.ª » *Rastreador*.
- 5.ª » *Montevideo* si corre, sino *Darwin*.

ZAPICAN II.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR



Lina—Montevideo—

Su triste poema; *Lina*
(que tal nombre bien le sienta)
me enamora; me fascina,
me entusiasma y... me revienta!

A. R. S.—Id.—Es usted un conejo!
Lunático—Id.—Le arreglo dos cuartetas y va en el
próximo ¿eh?

Colombin—Id.—

Aunque el alma me contrista
yo estaría *Colombin*
satisfecho,
si con el protagonista
se estrellara usted al fin
por lo que ha hecho.

Federico E.—Minas—

Si le dicen á usted que eso es un verso,
Piense que el que lo ha dicho es un perverso.

Granja N. Berardi y Hermanos

← EN →

Ortona a Mare—ITALIA



*Como vino, creo que
no hay, lector,
quien lo tenga superior
ni quien lo beba mejor
en Francia ó en San José.*

*Quizá mi mente lo fragua,
mas ha de verse en apuro
quien beberlo quiera puro,
pues solo al verlo, es seguro
que se le hace la boca agua!*

*Y aunque muestran poco tino
(serán vinos deliciosos),
están los peces quejosos,
porque Dios hizo (¡ah viciosos!)
de agua el mar y no de vino.*



DEPÓSITO EN MONTEVIDEO
CALLE QUEGUAY ESQUINA SAN JOSÉ